

Arturo Sosa A.

Iglesia y profundización de la democracia

"Somos libremente parciales a favor de las mayorías populares"

(P. Ignacio Ellacuría, S.I., martirizado en la UCA, San Salvador)

Desde hace algún tiempo la Iglesia Católica venezolana aparece como una institución que goza de alta credibilidad en los más variados sectores de la sociedad. La agudización de la crisis estructural de la economía venezolana y la acelerada pérdida de legitimidad del sistema político han hecho que se mire hacia la Iglesia como una institución capaz de propiciar la búsqueda de caminos compartidos que lleven pacíficamente a superar las enormes deficiencias del actual estado de cosas.

Para la Iglesia se presenta, entonces, una situación inédita en su historia en Venezuela que podía formularse como la ocasión de poner su "credibilidad", costosamente adquirida, al servicio del pueblo y la Nación venezolanos para la búsqueda de la paz social, fundada en la justicia, en un momento grave de crisis en sus relaciones de poder. Asumir esa responsabilidad social desde la propia identidad de la Iglesia requiere de la audacia que da la libertad cristiana para correr los riesgos que supone comprometerse en la defensa del Bien Común, en medio de actores empeñados en conservar sus privilegios, o en defender a capa y espada sus intereses particulares aun en detrimento de los públicos. El Senador Pedro Pablo Aguilar lo formulaba así en un reciente artículo en el diario *El Globo* (9 junio 1992): "Entre las instituciones venezolanas es la Iglesia la que goza de mayor respetabilidad, de mayor crédito y confianza. De la Iglesia

podríamos decir que *en el conflicto es la parte de buena fe*" (subrayado nuestro)

En estas líneas se pretende continuar un análisis de la relación entre la Iglesia y el sistema político venezolano iniciado en un artículo anterior (cfr. SIC 501 enero 1988) desde la perspectiva politológica. Los cuatro años que han pasado desde entonces han sido densos en la manifestación de los elementos que dibujan la crisis actual y han, igualmente, resaltado importantes cambios en la ubicación y papel de la Iglesia en la sociedad venezolana, producto, en gran parte, de su propia transformación interior.

DE DONDE VENIMOS

El primer período del sistema venezolano de partidos o de conciliación de élites (1958-1969) en el que se sientan sus "reglas de juego" y se consigue su legitimidad política significa para la Iglesia arribar a una situación largamente deseada: la garantía de su estabilidad social y política expresada a través de la firma del *Modus Vivendi*, un instrumento regulador de las relaciones entre el Estado y la Institución Eclesiástica que sustituyó a la Ley de Patronato Eclesiástico, fuente de conflictos desde los días de la emancipación. De esta manera, la Iglesia se convierte en un

El Cardenal José Alf Lebrún en Nueva Tacagua



actor político que ha alcanzado su máxima aspiración y ofrece un apoyo institucional continuo al sistema de partidos.

Esta misma situación hace que el crecimiento institucional de la Iglesia se acelere al mismo tiempo que comienzan a sentirse los primeros aires de cambio inducidos por el Concilio Vaticano II y la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín (1968). Una etapa en la que se vive el florecimiento de los movimientos laicales especializados (sindicalistas, obreros, profesionales, estudiantes...), se produce el triunfo electoral de COPEI y se inicia la Presidencia de Rafael Caldera, considerado como un "hombre de la Iglesia", al mismo tiempo que se dan los primeros pasos de presencia pastoral y física de religiosas y sacerdotes en los barrios suburbanos.

Entre 1969 y 1983 los venezolanos experimentamos el auge del populismo y la culminación del capitalismo rentístico en el que el crecimiento del Estado y de su rol en todos los ámbitos de la vida nacional es el signo más evidente. La derrota de la guerrilla de la izquierda y la alta participación electoral de la población consiguen el mayor grado de estabilidad del sistema nacido en 1958, al mismo tiempo que se inicia la crisis estructural de la economía que es posible disimular por la incidencia de factores externos (precios del petróleo, conflictos en el Medio Oriente). En esta etapa se viven las mayores transformaciones dentro de la Iglesia que la llevan a un acercamiento variado hacia la sociedad civil y los sectores populares. Es decir, que mientras las instituciones claves de la vida política como los partidos y los sindicatos tienden a alejarse del pueblo y a mediatizar las demandas de la sociedad civil la Iglesia inicia un movimiento de acercamiento e incorporación a la vida y organizaciones de la población.

Los cinco años siguientes (1983-1988) se caracterizan por la explosión de la crisis económica (devaluación, inflación, deuda externa, empobrecimiento generalizado) especialmente de los servicios públicos. En el sistema político se hace manifiesta la hegemonía del sector empresarial privado y comienza el fin del "ciclo populista".

Dentro de la Iglesia Católica las tensiones derivadas de su fortalecimiento institucional y

la diversidad de corrientes de pensamiento y acción se hacen evidentes. La mayor debilidad de esta Iglesia es la ausencia de un laicado adulto y responsable. Entre las Congregaciones Religiosas, especialmente en las femeninas, se da una clara tendencia al compromiso popular en su acción pastoral y social, y la formación de sus candidatas se orienta en esta dirección. La jerarquía intensifica el fortalecimiento institucional, para lo cual la visita Papal en 1985 es un momento importante. La polémica alrededor de la "teología de la liberación" demuestra la importancia que le dan los diversos sectores sociales a la posición de la Iglesia. La ideología empresarial privada hace esfuerzos considerables porque la "teología" de la Iglesia favorezca sus posiciones políticas. Sin embargo, el empobrecimiento de las mayorías, la ineficiencia de los servicios públicos, el desprestigio de los partidos políticos y la presencia numéricamente importante de agentes de la Iglesia en los sectores populares hacen que esta realidad se haga parte de la vida normal de la misma Institución Eclesiástica.

DE LA POLARIZACION IDEOLOGICA AL ENFRENTAMIENTO CON LA POBREZA (1988-1992)

La desaparición muy rápida del bloque soviético con la aparición virulenta de los conflictos nacionales en el este europeo junto con las necesidades de recuperación económica, la integración de Europa que avanza hacia la unificación política, el crecimiento japonés en el mercado mundial, las dificultades fiscales norteamericanas al lado de sus esfuerzos por conservar el papel de potencia universal, la creciente presión por la conservación del medio ambiente, han dado al panorama mundial una nueva faz. La Iglesia Católica no ha estado ausente de este proceso. La figura del Papa Juan Pablo II ha sido un punto de referencia constante en todo este proceso, no sólo por su beligerancia en relación a la situación del bloque soviético sino por su constante peregrinar por todo el mundo y su participación permanente en las más diversas situaciones ampliamente cubierta por los medios de comunicación internacionales.

Para América Latina estos años han sido de agudización de la pobreza y de enormes dificultades

económicas. De una u otra forma el peso del endeudamiento y de los "ajustes" dirigidos a garantizar su pago restableciendo los "equilibrios macroeconómicos" de la endeble economía de estos países ha significado un alarmante crecimiento de los niveles de pobreza. La entronización de la producción y comercio de narcóticos en la actividad económica latinoamericana es una nueva fuente de graves distorsiones en todos los órdenes de la vida. La violencia en sus más diversas manifestaciones sigue siendo una característica de un continente sujeto a los avatares de la política norteamericana.

Para la Iglesia el hito representado por la celebración de los 500 años del inicio de su actividad en el continente y la anunciada celebración de una nueva Conferencia General del Episcopado Latinoamericano ha abierto un importante debate sobre su actuación histórica y papel a cumplir en las actuales condiciones de los pueblos latinoamericanos. Las transformaciones internacionales han permitido una cierta des-ideologización de la polémica alrededor de la teología de la liberación. La desaparición de la "amenaza comunista" ha permitido desprejuiciar el análisis de los problemas sociales y escuchar con mayor libertad la voz de quienes sufren las consecuencias de un sistema estructuralmente injusto que carga la mano sobre los sectores más empobrecidos. De esta manera la reflexión teológica propia del continente "creyente y oprimido" se ha vinculado más a la pastoral popular y ha cobrado mayor vitalidad aunque sea menos "noticia".

La situación venezolana se enmarca dentro del cuadro latinoamericano con una intensidad propia. Aunque los niveles de pobreza son menores que en otros países, el impacto subjetivo y colectivo del progresivo deterioro de las condicio-

nes de vida de los sectores populares y medios han sido de tal naturaleza que ha repercutido en la pérdida de legitimidad del sistema populista y provocado una corriente espontánea de descontento social que se ha manifestado en explosiones como la del 27 de febrero de 1989 y en un continuo desasosiego social lleno de protestas, paros, huelgas. El crecimiento de la violencia social en las zonas suburbanas de Venezuela y la creciente sensación de inseguridad personal e impotencia para provocar las transformaciones necesarias para encontrar soluciones de fondo conforman un cuadro preocupante.

Al mismo tiempo se ha dado un encuentro entre el repunte de la expresión religiosa del pueblo y una Iglesia menos racionalista-modernizadora, más cercana a las carencias de la gente y con una buena parte de sus agentes pastorales viviendo esa misma fe popular. La Iglesia no se siente políticamente amenazada, y cada vez se siente menos inclinada a defender las decisiones gubernamentales y obligada a pronunciarse contra el crecimiento de la corrupción y el deterioro de la moral republicana por lo que crece la tendencia a poner los intereses particulares sobre los colectivos. Al mismo tiempo se va sintiendo cada vez más cómoda en el trabajo orientado hacia las mayorías empobrecidas.

RE-UBICACION SOCIAL DE LA IGLESIA

Parece bastante claro que la Iglesia ha cambiado su ubicación en la sociedad venezolana. Los grupos sociales que constituyen su referencia principal actual no son los mismos de la primera etapa del sistema de partidos. La ubicación de la Iglesia como agente de la modernización en las primeras décadas del siglo XX la

ubicó en el conjunto de las "élites modernizadoras" dentro del proceso social venezolano. Su acción hacia la población en general fue hecha desde esa ubicación. Hoy encontramos a una Iglesia cuyo grupo principal de referencia es el pueblo con sus carencias y necesidades más que quienes empujan al país hacia una "segunda modernización" aumentando necesariamente el lastre de problemas sociales que ya se tiene.

Tan importante como esta reubicación social es la percepción que de ella

Marcha por la vida, presidida por Mons. Diego Padrón

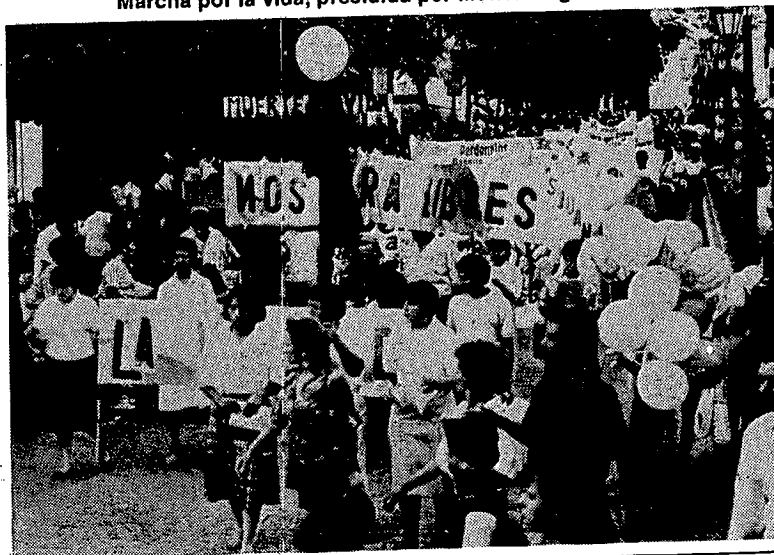


Foto: Ernesto Morgado

se tiene. La Iglesia ha llegado a percibirse a sí misma de esta manera. Mons. Mario Moronta ha usado con frecuencia en los últimos meses la imagen de la "acera de enfrente" para señalar la ubicación de la gente, y la Iglesia como parte de ella, en relación a las élites de poder tanto políticas como económicas. La Iglesia se siente, pues, parte de la sociedad civil, pero además indica como su grupo social de referencia a la gente de los barrios y campos porque expresan con mayor contundencia la realidad social de las mayorías venezolanas.

De igual manera las élites políticas y económicas perciben a la Iglesia vinculada a la población más pobre. La reconocen como una institución presente en el mundo popular. Una presencia que en muchos casos es "desde dentro" y no externa como tantas otras maneras de incidir en barrios y poblaciones campesinas.

Podríamos ir más allá. La base de la Iglesia es cada vez más popular. Es decir, sus miembros más activos, más comprometidos en el trabajo pastoral son gente del pueblo. La creación de un laicado adulto se viene haciendo más desde las comunidades eclesiales y movimientos juveniles de los barrios que de los sectores medios o profesionales. Las vocaciones a la vida religiosa y al sacerdocio son mayoritariamente jóvenes del pueblo. En el pasado también era así pero con una importante diferencia. Hacerse religioso(a) o sacerdote ya no es para "salirse" del barrio o ascender en la escala social. Al contrario, lleva implícita una "opción por el pobre" y en muchos casos la decisión de vivir pobre entre los pobres al servicio de su liberación. Estamos señalando una tendencia que no es única. Existen dentro de la Iglesia distintas concepciones y modos de organizar la propia acción hacia afuera. Siguen existiendo numerosas organizaciones -que también son Iglesia- que trabajan por los pobres, desde fuera o que conciben su cristianismo desligado de la lucha por la justicia social.

Estatendencia que lleva a que la Iglesia se perciba y sea percibida como vinculada y referida fundamentalmente al mundo de los empobrecidos y la señalada reubicación social de la Iglesia no se produce de "repente" sino que es fruto de un largo y costoso proceso. El cambio de mentalidad, en las formas de percibir la realidad, en el compromiso personal con los barrios, en los métodos de trabajo y hasta en la expresión de la fe ha sido muy profundo, con ritmos distintos de acuerdo a los procesos individuales o grupales, y ha incidido de forma distinta en los diferentes estratos de la compleja estructura de la Institución. Un proceso que no ha estado exento de conflictos interiores e

institucionales, en el que ha habido fracasos, avances y retrocesos... Además, es un proceso que apenas ha comenzado; sus primeros pasos han sido lentos y sólidos; pero el camino a recorrer es aún muy largo.

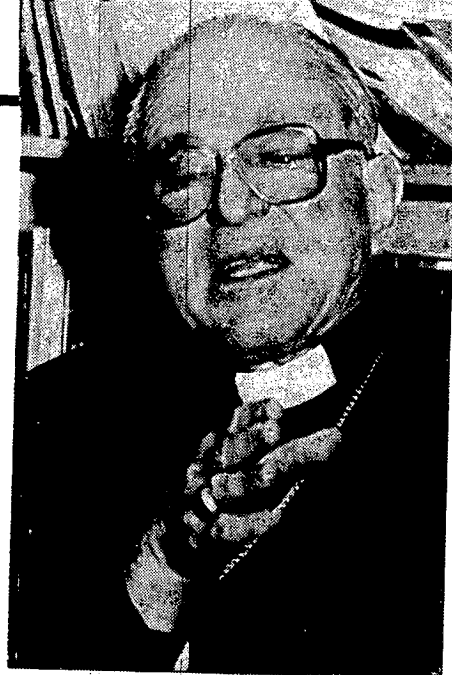
La "credibilidad" de la que hoy goza la Iglesia está vinculada a este proceso por el cual se ha ido haciendo una institución cuya autonomía y libertad le vienen de los lazos que se han venido multiplicando y ampliando con la sociedad civil en general y con el mundo popular en particular. La información que maneja la Iglesia no viene solamente "de arriba" ni su fuente exclusiva son las élites, sino que proviene en gran parte del contacto cotidiano con la realidad de la gente en medio de la cual se trabaja y se vive. Esta vida en medio del pueblo no sólo es una fuente de información sino que se ha convertido en una nueva sensibilidad en relación al diagnóstico de la realidad y en un enfoque alternativo a la hora de buscar soluciones.

A esto hay que añadir que la Iglesia no busca el poder político; por tanto no es percibida como contendora por otros actores sociales, con lo cual sus posiciones críticas en relación al sistema político adquieren otra connotación a la de las organizaciones partidistas, sindicales o empresariales. La reubicación social de la Iglesia es elemento clave para comprender la importancia de sus posiciones.

LA IGLESIA POR DENTRO

No hay que perder de vista en ningún momento que la Iglesia no es uniforme ni monolítica sino variada y compleja. Resulta muy difícil hablar de la Iglesia como un conjunto que se comporta de la misma manera al mismo tiempo. El proceso que venimos describiendo se vive en manera distinta en los diversos sectores o regiones de la Iglesia. Precisamente por eso, un tema de crucial interés es el de la unidad de la Iglesia, partiendo de que se trata siempre de un proceso de unificación inacabado y en una etapa en la que alcanzar esa unidad es especialmente difícil.

El mismo concepto de unidad puede ser controvertido. La más larga tradición eclesial entiende la unidad como la misma inspiración espiritual en el servicio al pueblo a través de la misión propia de la iglesia, es decir, la "evangelización". Se trata, por tanto, de unidad en la profesión de la misma fe que motiva y da sentido a una acción de liberación integral de las personas y sociedades humanas. La unidad en la fe admite, lógicamente, variedad de culturas, diversidad de opiniones, diferencia en los métodos y estilos de trabajo de acuerdo a las características propias de quien lo realiza o de las condi-



Mons. Ovidio Pérez Morales,
Presidente de la Conferencia Episcopal

ciones en las que se promueve el mejoramiento humano y cristiano.

También hay quien entiende la unidad como "control institucional" jerarquizado de toda actividad eclesial, que lleva a la uniformidad en la comprensión de las situaciones y en los modos de actuar. Toda institución humana tiende a generar ese modelo de comportamiento. La Iglesia no es una excepción. Más aún, la tendencia al centralismo, a veces autoritario puede recubrirse con relativa facilidad con razones ideológicas de tinte teológico.

En este sentido, la jerarquía eclesiástica se mueve en una tensión entre dos modos de entender su función. El primero como servicio a la unidad en la fe, conociendo a fondo su Iglesia, animando a cada uno en su trabajo y estilo, confrontando desde la coherencia con la fe y los compromisos adquiridos, coordinando el uso de recursos... etc. Y el segundo como control desde arriba de toda iniciativa y acción eclesial, centralizando toda decisión y administración de recursos y considerando "fuera" de la Iglesia todo lo que no proviene de su "cabeza". En la Iglesia venezolana actual conviven ambos modos de comportamiento. Podríamos decir que se camina paulatinamente hacia una Iglesia plural unida en la fe y la misión.

La propia organización de la Iglesia encierra esta tensión. Por una parte es una organización de muchos centros autónomos y geográficamente extendidos (Diócesis, parroquias...) con organismos de coordinación nacionales o internacionales (Conferencia Episcopal, Consejo Episcopal Latinoamericano...) o de servicios (Secretariado Permanente de la Conferencia Episcopal). Por la otra en cada una de esas instancias hay un punto de decisión central (Obispo, párroco) con



Mons. Mario Moronta, Secretario de la Conferencia Episcopal

instancias colectivas consultivas (Consejos...). A lo que se añade la figura del Papa y la Curia Vaticana como instancia de unidad universal en la fe, pero con formas de intervención cercanas al centralismo.

Desde fuera se tiende más bien a pensar la unidad de la Iglesia en términos monolíticos y resulta inaceptable o difícil de tragar la pluralidad de expresión de la vida cristiana y eclesial. Se identifica a la Iglesia con el Papa, el Cardenal o los Obispos más que con la multiplicidad de expresiones eclesiales. Más aún, interesadamente se juzga a la Iglesia como "dividida" cuando se presenta su pluralidad y se la prefiere respondiendo a una única expresión o modo de acción. El aporte social de la Iglesia es más rico y completo cuanto más compleja sea su composición; por eso, las "élites" de poder prefieren una Iglesia monocolor, con una sola cara y controlable a través de un mecanismo jerárquico centralizado.

La Iglesia venezolana se encuentra en ese proceso de aprender a construir una unidad que no sólo acepte resignadamente la pluralidad sino que la promueva y se sienta a gusto en un rico ejercicio permanente de "democracia" interna que se nutre de la variedad de trabajos, reflexiones, opiniones... y hasta de la disidencia. El "ministerio jerárquico" entendido desde la raíces del espíritu cristiano se identifica con esta búsqueda de la unidad sin romper la riqueza de la diferencia cultural, de opiniones o de modos de acción... Confundir institución jerárquica con ejercicio centralizado y uniformizador de la autoridad es contrario a la razón de ser de la Iglesia.

RETOS Y TAREAS ACTUALES DE LA IGLESIA "HACIA DENTRO"

Desde dentro de la Iglesia se tiene la impresión de una enorme debilidad institucional, es decir, de ser una organización con poca comunicación y cohesión interna, sin mucha capacidad de asumir iniciativas que trasciendan las tareas administrativas y pastorales cotidianas, que son, además, de tal magnitud que superan las posibilidades de atenderlas con el personal con que se cuenta. Esta impresión contrasta con la alta credibilidad en el conjunto de la sociedad y con las expectativas que sobre una posible intervención o actuación de la Iglesia se van generando. Responder a las expectativas sociales desde la función y capacidades propias de la Iglesia requiere asumir retos y tareas concretas hacia el interior de la propia institución.

La situación que se crea en Venezuela a partir del 4 de febrero exige a la Iglesia, como a todos los venezolanos, una aceleración cualitativa de su proceso. Ser y sentirse más pueblo es un reto que ha sido formulado por algunos miembros de la Jerarquía. La identificación con la inmensa mayoría de los empobrecidos, de manera que pueda hablarse desde la autenticidad con la que se comparte la vida popular, es un reto aceptado como horizonte por la Iglesia y una realidad parcial en el compromiso de algunos agentes pastorales. Crecer en esa dimensión más orgánicamente, venciendo las resistencias, se propone como meta a alcanzar. Para ello debe haber un acercamiento efectivo, no sólo de "imagen", entre lo que se conoce como la Institución "oficial" y los agentes pastorales cuya vida en los barrios y la cualidad de su presencia

en medio del pueblo constituyen la raíz que puede alimentar a todo el árbol.

En el mismo sentido es un reto el tomar conciencia de la realidad de la situación económica, política y social del país para poder conocer la verdad que se quiere predicar. Tomar conciencia de los caminos realistas para llegar a la sociedad que se aspira. Tomar conciencia del papel de la Iglesia, con toda su variedad, en ese proceso de profundizar la democracia. Esta toma de conciencia exige mucho diálogo, capacidad de manejar la información y decisión a la hora de asumir compromisos. En ese sentido hay que superar las diferencias que a la Iglesia y a la población en general les impone la separación Caracas-Provincia (interior del país, como se dice). Caracas necesita escuchar a la Provincia. En ésta hace falta mayor información sobre la globalidad de las situaciones. Establecer canales efectivos de comunicación y una auténtica descentralización distinta a la dispersión y al localismo es un reto para la Iglesia y, si se logra, un ejemplo para el país.

La rapidez de los acontecimientos de los últimos meses y la fluidez de la situación política no hace fácil que nos dejemos interpelar por los hechos. Los miembros de la Iglesia sabemos por la propia experiencia de fe que los acontecimientos históricos exigen un discernimiento mediante el cual se tomen las decisiones que hagan posible acercarnos al ideal de vida humana que da sentido a la vida de la comunidad cristiana. Ese discernimiento exige conocimiento de la situación, mucha oración, y una reflexión teológica desde esa fe viva compartida por el pueblo.

Escuchar el llamado que se nos hace desde el momento actual exige asumir los riesgos de tomar posición y examinar nuestra capacidad de cambiar lo que en este momento estamos haciendo. Lo primero no hay que darlo por sentado. Aunque se tenga claridad de diagnóstico e incluso de modos de acción la decisión de hacerlo con los riesgos, en este caso muy grandes, que eso implica requiere audacia y libertad cristianas.

Si se supera ese "obstáculo" interior y se toma la decisión queda otro aparentemente externo: rehacer en la cotidianidad los compromisos de trabajo. Una característica de la gente de Iglesia en Venezuela es que está objetivamente abarrotada de trabajo. Se trabaja mucho y bien. Las tareas pastorales superan ampliamente la capacidad de quienes las han asumido. Las urgencias son el pan nuestro de cada día. Por eso, la reacción espontánea al verse ante un compromiso nuevo y que se intuye de enorme magnitud es decir "no tengo tiempo", "no estamos en capacidad" ... etc. El país nos ha puesto



Foto: Orlando Ugueto E.

La Directiva de la Conferencia Episcopal

ante la necesidad de revisar nuestras agendas y planes de trabajo. Si no la hacemos estamos cerrando los ojos y los oídos al llamado que decimos sentir.

Logradas estas disposiciones básicas y tomada la decisión hay que llegar a establecer estrategias comunes en la línea de jugarnos enteramente por la verdad y por la defensa de la vida y de los derechos humanos. Ambas dimensiones adquirirán rostros y facetas concretas según las circunstancias.

EL RIESGO O EL JARRÓN DE PORCELANA CHINA

¿Cuál es el papel social de la Iglesia?

La pregunta en el momento que vive Venezuela no puede hacerse en abstracto. No se está preguntando sobre la repercusión política del trabajo pastoral de la Iglesia, tema de indudable importancia. La interrogante de hoy se refiere a cómo puede incidir una actuación específica de la Iglesia en la búsqueda de la salida más democrática y justa a la crisis de legitimidad del sistema político. Tener "credibilidad" en tiempos de crisis exige definiciones, opciones, tomas de posición y correr riesgos.

La mayor tentación de la Iglesia en estos momentos es refugiarse en que lo político no es el área de su competencia. Asumir la posición de un hermoso jarrón de porcelana china al que todo el mundo contempla y cuya única función es adornar algún importante rincón de la casa común, y sirve sólo para que todos anden muy preocupados de no romperlo cuando se produzca algún conflicto o se arme alguna trifulca.

Una primera tarea ineludible de la Iglesia es hacerse servidora del pueblo del que forma parte y ejercer su función de

educadora no solamente en la fe, sino en la contribución a fortalecer la sociedad civil para que la democracia tenga un sujeto popular consistente y bases auténticas en las que fundar cualquier régimen que pretenda el adjetivo de "democrático".

La educación católica es una de las más consistentes formas organizadas de la Iglesia en Venezuela. Cuenta desde instituciones universitarias, centros de investigación en diversas áreas y medios de comunicación, hasta cientos de planteles de educación media, primaria y preescolar. La mayor parte de la educación católica se ubica en los sectores populares. Una actividad sistemática y extendida de decir la verdad de lo que está pasando, poner la infraestructura física y organizativa al servicio de las comunidades en las que se está inserto propiciando y promoviendo la extensión de la información y los canales para organizar una fuerza social de la base de la sociedad venezolana, capaz de garantizar el desarrollo democrático de cualquier régimen político.

Las mismas estructuras parroquiales y diocesanas, así como los movimientos apostólicos de distinto género deben preguntarse en estos momentos de emergencia nacional cómo pueden convertirse en difusores y garantes de la verdad y a participar activamente en la refundación de los fundamentos democráticos de la vida política del país.

A la jerarquía eclesiástica le corresponde en este momento actuar como representantes legítimos de la Iglesia en función de la búsqueda de caminos políticos para toda la colectividad. No es el campo específico de la competencia episcopal. Pero la Iglesia como institución comprometida con el pueblo y la nación en la construcción de una sociedad justa

y humana, y sus Obispos como venezolanos y hombres de fe, tienen una ineludible responsabilidad republicana, es decir, por los asuntos colectivos que conciernen al Bien Común. Es éste el papel en el que hoy se les pide su intervención no en función de su experticia política o su sabiduría económica. "La Iglesia es experta en humanidad", decía el Papa Pablo VI a finales de los setenta a la Asamblea General de las Naciones Unidas; por eso asume con responsabilidad los problemas sociales e interviene activamente en la búsqueda de soluciones.

En el momento actual del país la Iglesia puede tomar la iniciativa y conseguir un espacio de diálogo neutral y creíble en busca de un amplio Acuerdo Nacional Constituyente que enrumben los esfuerzos por salir democráticamente de una crisis cuya solución requiere condiciones a corto plazo para soluciones a mediano y largo plazo.

El primer paso que tendría que dar es comprometerse a buscar un camino en esas condiciones que signifiquen una transición democrática a una economía productiva en la que la distribución de la riqueza tienda a la justicia y la equidad, el Estado garantice unos servicios públicos básicos, una estrategia social para erradicar la pobreza, y unas relaciones políticas que tengan al pueblo como sujeto.

Luego se trata de invitar a un diálogo en el que quienes participen acepten ese horizonte y demuestren capacidad de trascender la defensa de sus intereses particulares como objetivo al incorporarse a cualquier "acuerdo". Se trata de generar un diálogo en el que la responsabilidad de los interlocutores sea el bien público. En el que se va a negociar, por tanto, existe disposición a ceder en las posiciones iniciales buscando como resultado la plataforma que sirva de base común a la sociedad.

La Iglesia no debe prestarse a una componenda cuyo objetivo sea "salvar" un sistema que no solo carece de legitimidad, sino que ha demostrado escasa flexibilidad para cambiar sus modos de comportamiento político y poco interés por hacer del pueblo sujeto de las decisiones colectivas.

Asumir ese papel implica el riesgo de fracasar al no lograrse el objetivo que se propone al tomar esa iniciativa. En ese caso quedaría la satisfacción de haber corrido riesgos por ser fiel a su misión y al clamor de la sociedad. No dar el paso por temor al fracaso o por sentirse "poco preparada" es ponerse al borde del riesgo del aislamiento social o la alienación de su propia razón de ser. La encarnación conlleva la posibilidad de la crucifixión, pero es el único camino a la resurrección.